

CONCLUSION.

La calma renacia  
Poco á poco en el orbe conturbado,  
Y del pueblo malvado  
En el precito corazon, volvía  
El fuego á renacer casi apagado  
De su torpe valor: tal carnicero  
Tigre que en los hircanos arenales  
Fué terror de mastines y zagales,  
Tiembra ante el domador como un cordero,  
Mas si trémulo acaso ve primero  
A aquel que empuña la candente barra,  
El instinto feroz recobra luego  
Y ceba en el cuitado de ira ciego,  
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde  
El pueblo deícida, al ver la guerra  
Calmada ya en los cielos y la tierra;  
Iba de nuevo brio haciendo alarde,  
Y al Redentor divino demostraba  
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta Galiléo  
Nunciado habia al rudo pueblo hebréo,  
Que en el tercero dia victorioso  
A la vida y al mundo tornaria  
Del reino de la muerte tenebroso:  
Una falange armada  
Del Sumo Sacerdote allí mandada  
En su soberbia impía,  
Velabá en rededor de aquella tumba  
Salud y redencion del Universo;  
Que temia aquel príncipe perverso  
Maestro en la traicion y en la impostura,  
Que en las tinieblas de la noche oscura  
El cuerpo de Jesus arrebataran  
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia  
La aurora el rubio Oriente coloraba:  
Jerusalen dormia

Bajo un manto de nieblas que ocultaba  
 Su deicida faz al matutino  
 Sol, que el vasto confin circunvecino  
 De fulgor y de júbilo inundaba.

Entreabrian las flores  
 El cáliz matizado de colores  
 Al húmedo rocío;

Entre el ramage umbrío  
 De la higuera silvestre, sus amores  
 Cantaban los harpados ruiseñores;  
 Y nunca en aquella árida comarca  
 Que de Bethania hasta Sion abarca,  
 Ejemplo de tristísima aspereza;

Mostró naturaleza  
 Tan delicioso encanto,  
 Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron  
 De las cercanas lomas  
 Cual banda fugitiva de palomas,  
 Unas cuantas mugeres, que torcieron  
 El paso hácia el jardin donde se hallaba  
 El sepulcro de Cristo: descollaba  
 Entre el grupo indefenso una matrona,  
 Cuyo pálido rostro, que pregona  
 Mas que humano dolor, resplandecía  
 Con mas fúlgida luz que la del día:

Y mientras al sepulcro caminaba  
 A una hermosa ruina semejaba  
 Que al impulso violento  
 Del huracán ajada turbulento,  
 En la altanera faz del rayo herida  
 Aun muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas  
 Caminan, de sustancias aromosas  
 Y gomas delicadas  
 A embalsamar el cuerpo preparadas,  
 Cargadas van, y á su dolor se mira  
 Que dá alguna templanza  
 La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira  
 La dormida region, un trueno ronco  
 Como de gran temblor los aires hiende:  
 La losa del sepulcro se desprende  
 Como impelida de robusto brazo,  
 Y al rudo estruendo, bronco,  
 Los guardias semimuertos de pavura  
 Unos sobre otros ruedan al ribazo  
 Los rostros contra el suelo,  
 En redor de la eterna sepultura.  
 Y las santas mugeres, cuyo celo

Y acrisolado amor no abandonara  
 A Jesus, ni aun al mismo pié del ara;  
 Retroceden ahora temblorosas,  
     Temiendo repetidas  
 Ver aquellas escenas espantosas  
 Nunca en el bajo mundo sucedidas,  
 Que acompañaron el postrer momento  
 Del sumo imperador del firmamento.

Pero un ángel divino  
 Cuya inmortal, flotante vestidura,  
     Escedia en blancura  
 A la nieve que el ábrego amontona  
 En la cumbre, del Líbano corona,  
 Al sol iluminada matutino:  
 Sentado del sepulcro en la ancha losa,  
 Con voz cuanto benigna, cariñosa,  
 A las santas mugeres animaba  
 Y á penetrar en él las convidaba.

“ No temais, les decia:

“ Sé que buscáis al hijo de MARIA

“ Que fué crucificado;

“ Mas aquí ya no está: como lo habia

“ Dicho ha resucitado

“ Al alba pura del tercero dia:

“ Llegad, y ver podeis donde pusieron

“ Al Señor, los que aquí le condujeron.”

Y las santas mugeres se acercaron,  
     Y en el sepulcro entraron,  
 Y las fajas de mirra perfumadas,  
 Y el sudario vacío, penetradas  
 De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso  
 Tronco de un viejo olivo que se alzaba  
 No muy lejos de allí, su rostro hermoso  
 De admiracion radiante y alegría,  
 Con un jóven del pueblo conversaba  
 En voz que apena el aire percibia.

Aquel que el tosco trage revestia  
 De un pobre labrador, era el eterno  
 Triunfador del pecado y del infierno:

El redentor, que al mundo

Un instante volvía

Desde el fondo del bátratro profundo!

—Miriam en sus entrañas maternas

Probó entonces tal suma

De júbilo y placeres celestiales,

Que describirlo no es de humana pluma,

Ni contarle de lenguas terrenales;

Ni pudieran los míseros mortales

Sentirlo ni aun en parte reducida

Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,  
 Salió Jesus de la ciudad, seguido  
 De aquellos que en su amor ha preferido;  
 Y juntos dirigieron  
 Sus pasos de Bethania á las alturas;  
 Allí de dó descubren las llanuras  
 De Jericó, y las aguas estancadas  
 Del muerto mar, y las corrientes puras  
 Del Jordan apacible, sus pisadas  
 Detuvo la piadosa comitiva.  
 Y allí por vez postrera  
 La fuente de agua viva  
 A raudales brotó libre y fecunda,  
 La creâcion entera  
 A rescatar de servidumbre fiera,  
 De aquel que en el error su imperio funda.



## LA ASCENSION.

Las últimas miradas  
 Fijas aun en los que atrás se deja,  
 Las manos levantadas,  
 Bendice y aconseja  
 La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento  
 Como se va en los aires elevando,  
 Suavísimo concento  
 Del cielo fué bajando,  
 Montañas y llanuras alegrando.